

LEONARDO SENKMAN Y SAÚL SOSNOWSKI: *Fascismo y nazismo en las letras argentinas*. Buenos Aires: Editorial Lumiere, 2009.

El presente libro, donde no sólo las cavilaciones trazan una suerte de haz confluyente sino también divergente, solicita una zona de las ciencias sociales que se proyecta hacia un giro en la tipología textual más consuetudinaria. Apela a una hermenéutica aplicada a un *corpus* tanto bibliográfico, libresco, así como hemerográfico y de fuentes mediáticas, indagando en los núcleos segregadores de ideología antisemita. La Historia cultural avala este texto de modo asertivo proveyéndole un marco teórico que, puntuando su argumentación, abarca un mapa disperso. Cartografía así un fenómeno que requiere ser desentrañado para impugnar sus fundamentos y sus astucias. Al tiempo que suple un vacío, funciona de modo paradigmático dejando sentado un *status questionis* y admite ser proseguido ulteriormente por líneas investigación similares, o bien como una suerte de dispositivo metodológico para asediar otras zonas aflictivas y de desubjetivación de la experiencia social.

Faculta este proceder metodológico el hecho de que los co-autores del presente volumen proceden de ámbitos profesionales y disciplinarios diversos, pero acaso complementarios. Desde el oficio de historiador de Leonardo Senkman (que, por cierto, sobrevuela los saberes de la politología o las ciencias políticas) hasta los estudios literarios y culturales de su colega Saúl Sosnowski, ello faculta de modo fecundo establecer un diálogo que circunda las prácticas sociales y desbarata el módico andamiaje teórico de la ideología antisemita. Sendas disciplinas, entonces, pautan el compás del decurso narrativo y argumentativo que construye una obra híbridamente ajustada y pertinente.

Desde la historiografía argentina y latinoamericana, con anclajes en sus correspondientes europeas, hasta los estudios literarios y culturalistas procuran desentrañar una suerte de enigma, no menos que una gestualidad política, cuya nota más dominante es el absurdismo (alcanzando el paroxismo del *nonsense*). Los autores entonan una especie de melodía cuyos preludios están constituidos por textos, subtextos e intertextos del pensamiento dogmático (especialmente fundamentado en la ideología positivista) en ellos evidenciada, o de los cuales puede inferirse u observarse, la ideología antisemita. Abrevando en “las letras argentinas”, esto es, en una discursividad altamente connotativa inherente a un Estado-nación, se procede a leer en su matriz semiótica su envés: una semiosis de la intolerancia y la violencia. Sistemas políticos europeos y latinoamericanas no pueden escindir-se. La remisión hacia paradigmas del Viejo continente resulta una suerte de historización del fenómeno abordado en el libro, rastreando pistas y formulando hipótesis de trabajo donde ambas temporalidades y espacialidades transitan una territorialidad material y simbólica común. Daré un ejemplo: si bien

Fascismo y nazismo en las letras argentinas se centra primordialmente en una literatura nacional, no puede (ni debe) obviar, por caso, la acogida y el refugio infame que encontraron en territorio argentino criminales de guerra nazis.

Casi al estilo de una novelesca trama de enigma, los autores recomponen las pistas de un crimen irredento: genocidios, persecuciones, acontecimientos discriminatorios. Para ello pesquisan los órganos de incidencia en el orden de “lo real” del filofascismo y el filonazismo en Argentina según un sistema de divulgación, profusión y difusión (retóricamente apelativa al pleonismo y la adhesión redundante, al personalismo carismático), sin argumentos convincentes, sin fuerza probatoria pero de poder persuasivo. Así, el fascismo revela su endebles. Como refería Roland Barthes respecto del lenguaje: es fascista no sólo porque no permite decir sino porque obliga a decir, a pronunciar semiológicamente una cadena denotativa y connotativa inevitable pero también compulsiva. En este caso, se trata, sí, de un lenguaje que oprime a la alteridad, una ideología social de orden eliminatorio y descalificante. Prueba del ideologema de la persecución resulta la imposición de propaganda y libelos filonazis y filofascistas más que textos orgánicos.

Del sencillismo a la pseudoabstracción, de la falacia a la mala fe, la gestualidad teatralizada de esta ideología social pretende imponer un guión basado en un relato conspirativo (otra de sus figuraciones), reniega de violencias que ejerce (o las justifica) y, por añadidura, las promueve prosiguiéndola “por otros medios”. Nos hallamos, entonces, más ante un tipo de emocionalidad radicalizada, espiralada, que ante una organización teórica. La cursilería casi *naïf* del nazismo y del fascismo no solicitaría atención si no hubiera inspirado masacres. Arquetipos narrativos polarizados son enfrentados en una suerte de batalla semiótica del orden de una diégesis cuyos agonistas. “buenos” y “malos”, esto es, moralmente estilizados, lidian en una arena imaginaria y, por ende, del orden de lo ficcional. Promete, a cambio, una suerte de “higiene” de la raza (metaforización de la suciedad, la desprolijidad, la contaminación) que diera la impresión de apelar, irónicamente, a emblemas actuales de ecologismo y ambientalismo, cuando no de la salud pública. Así, el judaísmo cundiría como una suerte de virus o pandemia que amenaza con corromper una comunidad nacional; funcionaría como una distopía destinada a descomponer una utopía por cierto inverosímil, tendiente a disgregar zonas de la experiencia social defendidas, por nazis y fascistas, como especulativamente cohesivas cívicamente.

Finalmente, el libro se sitúa en una zona analítica que se sumerge en figuras relevantes del ámbito nacional, en generaciones o formaciones intelectuales diacrónicamente asediadas a través de nombres propios y publicaciones periódicas paradigmáticas que alimentaron la doctrina.

La nominalización de la experiencia del antisemitismo es rastreada no sólo en el espejo acaso obvio de la persecución, sino en los rebotes del exilio y el confinamiento en un *ghetto* no deseado pero impuesto, y finalmente metaforizado mediante una tranposición a obras literarias cuya enunciación hubiera resultado peligrosa para quienes la enunciaran. Las pinceladas de todas estas figuraciones resultan extensivos sememas de un nudo que el texto desata lenta pero inexorablemente.

Esta “genealogía” del fascismo y el nazismo en la República Argentina no sólo reviste una intervención editorial académica sino también visibiliza, como la punta de un iceberg, una zona de la experiencia social que pugna por sostener el *status quo* cultural. Soslayada, eludida, involucra prácticas sociales y, en especial, prácticas del lenguaje. Este libro escribe o, mejor, reescribe otro capítulo donde la palabra se lanza a enunciar y denunciar, a construir y deconstruir.

Adrián Ferrero

Universidad Nacional de La Plata

FRANCES STEWART (ed.): *Horizontal Inequalities and Conflict. Understanding Group Violence in Multiethnic Societies*. Hampshire/New York: Palgrave Macmillan, 2008.

Desde hace pocos años, los temas de la violencia, el conflicto y la militarización vienen atrayendo las reflexiones de un creciente número de estudiosos sociales. Desde luego, estos no son temas que fascinen en exceso, como sí lo hace la cultura y sus estudios, predilectos de la mayoría de los académicos. Más allá de su presunta estética o mera popularidad, hay que reconocer que los estudios de la violencia pueden resultar repulsivos, mas no se puede negar que en ellos la cultura juega un papel central. Los conflictos suscitados entre grupos cohesionados en torno a expresiones culturales o con status culturales encontrados son los más claros indicios de dicha confluencia. Justo de ellos tratan los catorce capítulos del libro editado por la economista Frances Stewart, de la Universidad de Oxford, y debidos a otros tantos autores adheridos al Centre for Research on Inequality, Human Security and Ethnicity y que, en conjunto, demuestran que la cultura actúa como un factor detonante del conflicto, siempre que se le asocie a una percepción aguda de las desigualdades horizontales. Porque las desigualdades verticales y horizontales pueden reproducirse sin motivar ninguna violencia, del mismo modo que las sociedades multiétnicas o multirreligiosas pueden convivir de forma pacífica por largos períodos. La cuestión es cuándo las diferencias culturales devienen en un enfrentamiento violento.